

1927

Carlos SARTHOU CARRERES



(Villarreal, Castellón, 1876-¿). Fue un hombre polifacético. Arqueólogo e historiador, estudió Derecho y fue juez de Villarreal hasta 1920 en que fue trasladado a Játiva, siendo nombrado archivero-bibliotecario; más tarde, cronista de Játiva y conservador de su Museo Municipal. Colaboró en numerosas revistas y periódicos y dejó una extensa bibliografía sobre temas históricos y sobre geografía valenciana. Destacó como un magnífico fotógrafo, ilustrando sus obras con sus propias fotografías.

En la revista catalana *La Hormiga de Oro*, con el subtítulo “Ilustración Católica”, publica una excursión a dos pueblos almerienses: “Vélez Rubio”, Año XLIV, nº 23 (9-VI-1927); pp. 354-355; “Vélez Blanco”, Año XLIV, nº 48 (1-XII-1927); pp. 754-755.

VÉLEZ RUBIO

Al turista que anda por el mundo en busca de emociones o por el placer de andar, le brindamos una bella excursión por tierras andaluzas. Desde Murcia puede ir a Lorca en ferrocarril y, de allí, en auto, por Lumbreras, en un par de horas, a Vélez Rubio. En línea recta sube la carretera entre tierra secana, cruzando barrancos hasta el río Lumbreras, que irá remontando después de dejar a la izquierda un monte minado de cuevas habitadas. Al fin, se encumbra el camino, casi a mil metros de altura, hasta salvar el alegre valle de Vélez Rubio, rodeado de montes tan enhiestos e imponentes como el Maimón mayor.

Vélez Rubio es un pueblo de origen remoto y sucesor del Vélez Rubio antiguo que se cimentó al abrigo de un castillo señorial, ya arruinado. Fue su mayor apogeo en el siglo XVI, durante el señorío del Marquesado de los Vélez, fundado por los reyes Católicos en favor de don Pedro Fajardo. El escudo de esta noble casa perdura en templos, castillos y monumentos. Y no vamos a entrar en recuerdos históricos, que, quien los quiera, podrá saborearlos a placer en la extensa *Historia de Vélez Rubio*, publicada por su cantor don Fernando Palanques.

Esta villa, cabeza de partido de su nombre, en la provincia de Almería, está al paso de la carretera de Murcia a Granada. Tiene buenas calles y hermosos edificios; pero carece de amplias plazas y jardines, quizás por su clima frío.



Vélez Rubio: la Carrera del Carmen en su confluencia con la calle Alhóndiga, hacia los años 1910-20.

La iglesia parroquial, dedicada a Nuestra Señora de la Encarnación, que es de arquitectura grecorromana, de la escuela de Gil de Siloe, fue edificada a expensas de los marqueses de Villafranca y de los Vélez, cuyo blasón surmonta la puerta. Consta de una grandiosa nave con crucero de esbelta cúpula, teniendo a sus pies un coro



Vista parcial de Vélez Rubio desde la antigua Yesera, hacia 1920-30.

alto sobre atrio, frente al presbiterio, que luce en el fondo un grandioso retablo de alto relieve labrado primorosamente en madera sin dorar; a ambos lados hay dos capillas, en el fondo, con antiguos retablos, y dedicadas al Santísimo Sacramento y a la Encarnación. En los altares laterales hay meritorias obras de arte, principalmente en pinturas y esculturas. Sobre las naves laterales que corren desde la entrada hasta el crucero hay amplias galerías con balconadas recayentes al interior de la gran nave y al exterior del templo. Aparte las puertas laterales del mismo, merece especial mención el imafrente principal admirablemente labrado en artística sillería, con monumental combinación de columnas, escudos, cornisas y hornacinas, luciendo en lo alto un grandioso medallón esculturado. Tan esbelto conjunto viene encajado entre dos robustas torres o campanarios de cuadrada base, rematados en templete y cúpula sobre la terraza que cubre sus respectivas salas de campanas: una de ellas destinada al reloj y campanas horarias, y la otra a las de volteo. Desde lo alto se dominan espléndidos panoramas. La obra del monumento es de la segunda mitad del siglo XVIII.

Otro monumento digno de visita es el ex convento de San Francisco, fundado por los religiosos de Vélez Blanco a fines del siglo XVII, bajo el mismo patronato de la casa de los Vélez. Su solar constituye un extenso paralelogramo con buena obra, tanto en la antigua como en la moderna, de sencilla arquitectura. Sus dos elevados pisos con claustros, patios, jardines y múltiples dependencias no pueden ya visitarse por ser actualmente clausura de monjas. Pero sí el templo, que es de regulares proporciones, planta de cruz latina y arquitectura toscana. Su nave consta de siete capillas laterales, cuatro el crucero y la mayor del presbiterio. Por la capilla del Cristo comunicaba esta iglesia con el claustro monacal. En otra se venera el devoto Nazareno, en su camarín; en otra, lateral

también, un San Antonio de Padua, de Salcillo, y en altar mayor y su camarín, la bella escultura de la Purísima Concepción. La torre es sencilla, y la puerta aparece surmontada por doble blasón de la casa ducal de Alba y la marquesal de los Vélez.

A principios del siglo XVIII, la marquesa de Vélez y su esposo el duque de Montalto fundaron un palacio en la carrera de San Francisco, próximo al antedicho monasterio, con intención de destinarlo a convento de monjas, que deseó el anterior marqués y que no se llegó a fundar, quedando reducido el inmueble a vivienda de un administrador. El templo se cedió para el culto a fines del siglo XIX; pero no se abrió hasta casi nuestros días. Consta de nueve capillas y coro alto, con frontera sin terminar aún. Algunos de los altares son de patronato particular de familias velezanas, tan distinguidas como las de Miras y otras. Esta iglesia de la Tercia, o de San José, es el segundo monumento en mérito de Vélez-Rubio. Tanto el templo como el palacio son de buena fábrica de sillares y ladrillo.

Mucho más hay que ver en Vélez Rubio, no sólo en orden religioso, sí que también en profano, como sus fuentes, vega, montes y curiosa gruta de estalactitas recientemente descubierta; y, en las afueras del poblado, la antigua posada de vastísimas proporciones edificada *“para alivio de caminantes”*, en 1785, por los Duques de Alba y Medinasidonia, Marqueses de Villafranca y de los Vélez, según reza el escudo e inscripción que vemos sobre la puerta. En el extremo opuesto del pueblo hay otra posada igual, y en sus cuadras caben millares de caballos.

Y hacemos punto, no sea que la pluma se deje llevar por afectos personales y gratísimos recuerdos que perdurarán siempre en nuestro ánimo, de la amable acogida que tuvimos, de reciente, en Vélez Rubio.



Vista de Vélez Blanco con el Castillo al fondo, hacia los años 1910-20. Foto de P. Motos.

VÉLEZ BLANCO

En un lugar de Andalucía, medio oculto entre el laberinto montañoso de Sierra María y el Maimón menor, hay una pintoresca villa, quizás de origen prerromano, pero conocidamente árabe, que se llamó *Veled-al-Albiad* y hoy se llama Vélez Blanco, en el partido de su vecina Vélez Rubio. Allá fuimos poco ha, en andanza de turismo, para ver su histórico castillo, del que he de ocuparme en otro artículo de revista. Reservo para éste mis impresiones personales de la visita a la pintoresca villa.

El derroche de blasones legado sobre puertas de templos, castillo y palacio sigue aún pregonando que pertenecieron estas villas al marquesado de los Vélez, creado por los Reyes Católicos, con donación de las mismas, y otros lugares y cuantiosas rentas a don Pedro Fajardo, Adelantado de Murcia, a cambio de la ciudad de Cartagena, que incorporaron a su corona. Tarea larga sería inmiscuirse en disquisiciones históricas del fastuoso señorío. Harto haremos con dar ojeada a lo que queda.

En la cuesta de la serpenteada y empinada carretera que, por junto a los molinos y sus fuentes, sube de Vélez Rubio a Vélez Blanco, ya se atisba la Cueva de los Letreros, a la izquierda en el Maimón, y otros abrigos prehistóricos, enriquecidos aún con pinturas rupestres del neolítico y paleolítico. De ellas hizo un

acabado estudio el farmacéutico de la localidad, don Federico Motos, que ha conseguido reunir en su casa una valiosa colección de prehistoria, estimada en más de tres mil duros.

Dominando el poblado que se tiende en el arranque y falda del monte se alza el castillo que fundó el Marqués. Al pie de tan importante fábrica aparece ya arruinado el primitivo templo parroquial de la Magdalena, contemporáneo del Castillo, en el solar de la mezquita y cuya torre parece mejor romántica que renaciente. Allí, y bajo hermosa lastra de mármol del siglo XVI, se encontró el gigantesco esqueleto de Don Pedro Fajardo -el antedicho primer Marqués de los Vélez-, que fue trasladado a su actual enterramiento del nuevo templo parroquial de Santiago, erigido apenas terminada la obra del castillo y concluido en 1566. Aparece edificado cerca del Ayuntamiento, en la mejor calle central de la villa, o sea en su recta y anchurosa Corredera. Dicha actual parroquia es un templo renaciente nada vulgar, ya por la esbeltez extraordinaria de los cinco arcos torales de la nave única ya también por la techumbre que sostienen de ensambleado de tablas a doble vertiente, sin bóvedas, cúpula y crucero, o sea al estilo del arte primitivo. Las bases de los cilíndricos pilares empotrados en los muros son góticos todavía, pero los capiteles, ya renacentes. El presbiterio es lo único que se edificó sobre planta cuadrilonga, y encumbra a mayor elevación aun el templo su artesonado de par y nudillo, recordando los de estilo mudéjar; es obra del alarife morisco J. Zun-zu-negui. La sencilla



La famosa Corredera de Vélez Blanco a comienzos del s. XX.

puerta claveteada y herrada del templo, es lateral y cercana a la robusta torre de cuadrada base y patinada sillería que se eleva a los pies del templo, junto a su coro alto. Su renaciente arquitectura es de sobria sencillez, desprovista de todo ornato. En la sacristía se conservan hermosos ternos de imaginería y buena orfebrería de la centuria decimosexta, sobresaliendo una elegante custodia, porta paces y cálices, preciadas piezas salvadas del sacrilego robo, cometido en el pasado siglo, consecuencia del cual se perdieron muchas otras piezas de plata labrada y la valiosa cruz procesional.

En el extremo Norte de la población, aparecen casi juntas, la iglesia del ex convento y la ermita de la Concepción, ambos templos con sencillos frontispicios de piedra labrada, y puertas de madera, exornadas de clavos, herrajes y aldabones de época. El retablo de la Concepción es de algún mérito artístico, así como otro posteriormente colocado frente a la puerta lateral, y que procede de la profanada iglesia de San Agustín. Según reza una inscripción del retablo mayor, fue fundada esta ermita, de la Concepción, en 1677, por doña Mencía y doña Francisca Fajardo, hijas del marqués don Luis, fundador de la vecina iglesia del convento. La techumbre es otro ensambleado de madera lastimosamente pintarrajeado en nuestros días con vulgar colorido a la cal. El templo monacal vecino, es de fecha anterior y el mismo estilo renaciente que el de la ermita; y como en ella, y en otra cercana, en el castillo, templo parro-

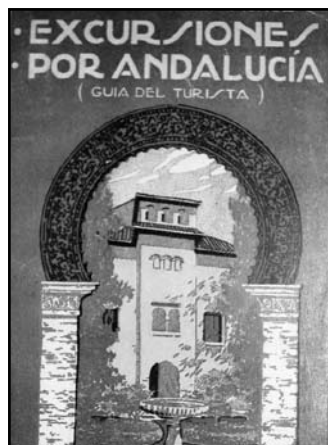
quial, se repite hasta la saciedad el escudo ducal de los marqueses. Aquí, dos veces sobre la puerta, dos más en el altar, y cuatro en el crucero; pero nunca tantas veces como en el castillo, donde ya exteriormente, lo vemos resaltar en todos los entrepaños de los muros, torres y puertas. Lo más hermoso de este templo conventual es el retablo mayor, que cubre el testero de fondo y muros laterales del presbiterio, luciendo entre doradas columnas y salientes cornisas, abundantes tablas, pintadas en 1630 y 1632 por Francisco de Seña, y Jacobo Vorpulio, que firmaron las pinturas inferiores del retablo. Pero tan hermosa obra, de Arte, la cubre en nuestros días, casi totalmente, un gigantesco templete que no tiene otro mérito que el lucir en el sagrario algunas tallas arrancadas del retablo renaciente antedicho.

Vélez Blanco es una de las muchas villas españolas desconocidas casi en absoluto, y que ofrecen amplio campo para el estudio de nuestras artes retrospectivas del renacimiento, a pesar de haber ya desaparecido el emporio de riqueza que atesoró su castillo, hasta principios del siglo actual.

Actualmente es una villa de 7.500 habitantes, con ayuntamiento al que están agregados la aldea de Topares y gran número de caseríos y cortijadas. Está situada en el extremo oriental de la sierra de María, en un terreno montuoso. Posee canteras de mármol blanco y rojo, y minas de hierro, cobre y plomo.

1928

José CASCALES MUÑOZ



(Villafranca de los Barros, 1865-?) Escritor y arqueólogo. Estudió en las universidades de Sevilla y Madrid. Se dedicó especialmente a la historia y a la sociología. Fue correspondiente de la Real Academia de la Historia y cronista de Extremadura, habiendo escrito, además de numerosos artículos publicados en casi todos los periódicos de Madrid y Sevilla, un considerable número de obras sobre historia, literatura, arte, política, sociología, guías y relatos de viajes, entre las que se cuenta *Recuerdos de Andalucía*. Su descripción de Almería la hemos recogido de "Excursiones por Andalucía", en *Noticiero-Guía de Madrid*, Madrid, 1928, pp. 289-292. Esta Guía fue redactada con ocasión del IX Congreso Internacional, en francés, y en castellano para que un forastero se mueva por Madrid con una detallada descripción de trayectos desde la capital de España.

"ALMERÍA, HUELVA, MÁLAGA Y JAÉN"

Con la riqueza monumental de Sevilla, Cádiz, Córdoba y Granada hace triste contraste la pobreza de Almería, Huelva, Málaga y Jaén, motivo por el cual no atraen la atención de los excursionistas. Pues aunque éstas contienen algunos monumentos y objetos de gran valor artístico, no llegan en la cantidad ni en la calidad a los de las otras capitales andaluzas; siendo los que ellas poseen de mayor interés para los arqueólogos que para la generalidad de los turistas. Los edificios más bellos de Almería se reducen al Castillo de San Cristóbal, casi derruido y a la Catedral, gótica del siglo XIV, pero muy remozada.

"LA CIUDAD ROMANA DE CABO DE GATA"

La escasez de joyas arquitectónicas de la ciudad de Almería se encuentra, sin embargo, compensada por el curiosísimo descubrimiento realizado en sus inmediaciones.

Desde hace mucho tiempo se venían observando en las cercanías de Roquetas y casi vecinas a la Torrequebrada, trozos de argamasón y restos de edificios antiguos, en los cuales nadie se fijaba por creerlos de escaso o ningún interés.

En 1859 llamaron la atención de D. Miguel Ruiz de Villanueva, quien desde aquella fecha empezó a



Paraje de Torre Quebrada (Roquetas), donde se hallaron restos arqueológicos del antiguo asentamiento romano de Turaniana. (Foto de L. Cara).





Jardines de Medina hacia 1906. (Gentileza de L. Cara).

recoger las columnas, capiteles, fragmentos de cornisas y otros objetos de mármol a la vez que las ánforas de barro y las monedas romanas que iban apareciendo con la intención de cederlos al Museo Arqueológico ;cuando existiese!, porque esta capital carecía de un establecimiento que tanto honra a los pueblos que los poseen. Solo el citado Sr. Villanueva y D. José Medina eran los únicos que hasta 1981 se habían interesado en coleccionar lo poco que se iba encontrando de origen romano y árabe; como el primero de estos pueblos dejó aparentemente pocas huellas de su paso por la región, tiene doble mérito el actual descubrimiento.

En 1872 se halló una lápida, con inscripciones, en el Campo de Dalías, frente al Km. 31 de la carretera de bajar; sabiéndose al traducirla, que allí existieron unas termas, construidas por Lucio Emiliano, y se tuvo la creencia de que en aquel sitio debió estar la “Murgis” de los romanos, pues la distancia a que se encuentra de Urcis es la misma que fijó Antonino en su “Itinerario”.

No obstante estos indicios, aquellos restos de población seguían abandonados cuando, a últimos de diciembre de 1891, se dirigieron a los Bajos de Roquetas, D. Ramón Segado, D. Enrique López e inteligentes redactores de *La Crónica Meridional* y comenzaron a explorar aquellos lugares, consiguiendo descubrir los vestigios de una importante población romana, que parece pertenecer a una de las que los historiadores

colocan en lo que se llamó “Portus Magnus”, o sea en la parte de costa comprendida entre el Cabo de Gata y Punta Elena. Su extensión abraza dos Kilómetros de largo por más de uno de ancho, hallándose de necrópolis hacia poniente.

No bien se ahonda en la tierra, y como a un metro de profundidad, aparece una capa, de tres centímetros de espesor, de madera carbonizada, huesos y otras materias, por lo que es de presumir que, antes de ser cubierto el suelo por las aguas que arrojan al mar las vertientes de la Sierra de Gádor, quizás hubo allí saqueo, incendio y destrucción.

Entre los objetos encontrados por los excursionistas figuraban más de veinte monedas del tamaño de un duro, tres de ellas de Gordiano, teniendo en el anverso la inscripción de “Gordianvs Pivsclen” y en el reverso un soldado con una lanza en la mano derecha y las iniciales S.C. (Senatus Consultos). Otra de estas monedas era de Alejandro con el letrero de Imp-Alexandre Pivs Aug.; además las había de Filipo, de Máximo y de muchos emperadores más.

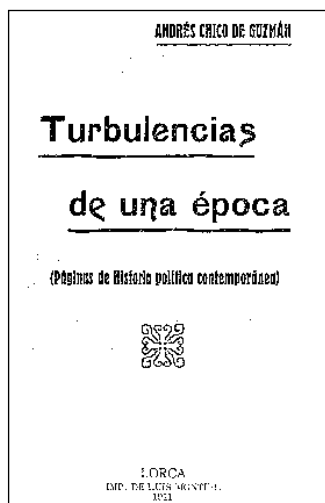
También se encontraron: una piedrecita negra (probablemente de sortija) que tenía grabado el dios Apolo con un haz de rayos en la mano, así como varios candiles, ánforas y tazas de barro, entre tejas, ladrillos y cenizas.

1929

Andrés CHICO DE GUZMÁN, “Fray Crispín”



Este velezano ilustre y de larga vida fue un consumado publicista, escritor infatigable y activo militante de la política local. Dirigió y/o colaboró en numerosos periódicos locales y regionales: *La Mentira* (1889); *El Mauser* (1893-96), *El Ateneo* (1898); *El Ideal Velezano* (1910-1911), *El Defensor de los Vélez*, (1904-05), *El Pueblo* (1917), *La Crónica Meridional*, de Almería; *La Tarde*, de Lorca (años 20 y 30). Fue, además, corresponsal durante más de veinte años en el periódico *El Motín* de Madrid, que esparció las sabias ideas del insigne luchador por la libertad y la república, José Nakens. Republicano convencido, estuvo vinculado toda su vida a grupos y movimientos del republicanismo moderado, como el Partido Federal; en 1917, lo hacía en el Reformista. Ocupó el cargo de concejal de Vélez Rubio en varias ocasiones, 1902, 1903, 1917-18, 31-34, 36, 37; pero su mayor actividad política la desarrolló al final de sus días, con el advenimiento de la II República Española. Desempeñó su cargo con intensidad, apoyó abiertamente y sin reservas al alcalde Salvador Martínez Laroca; presentó numerosas mociones que aquí sería prolijo citar; organizó varias actividades públicas con motivo de conmemoraciones republicanas; y, en todo momento, trató los temas municipales con sensatez, cordura y moderación, intentando evitar la confrontación e imponer la legalidad y el sentido común.



Vista del Faulón, de Vélez Rubio, próximo a la nueva carretera nacional, lugar de tráfico de mercancías, vehículos y personas durante las primeras décadas del s. XX.

De entre su extensa obra escrita, destacamos el libro *Turbulencias de una época* (Lorca, 1911), que versa sobre el período histórico conocido como el Sexenio Revolucionario (1868-1873) y un libro en preparación (en 1917) titulado “Crónicas y Semblanzas”, donde, probablemente, pensaba recopilar sus dispersos trabajos periodísticos, muchos de ellos dedicados a glosar personalidades velezanas o nacionales, recuerdos de antaño o crónicas de la sociedad de su tiempo. De entre su copiosa y heterogénea producción publicista, que anda desperdigada por numerosas revistas y periódicos (locales, regionales y nacionales), esperando que algún día sea recopilada y estudiada, nosotros hemos seleccionado un artículo escrito al final de sus días y publicado en la prensa de Lorca, pero que nos ilustra, con elegancia y sencillez, de los pormenores de un viaje de Vélez a Lorca en su etapa de juventud, aproximadamente hacia los años 70-80 del siglo XIX, cuando se estaba trazando y construyendo la nueva carretera hacia Puerto Lumbreras.





El famoso Puente de los Siete Ojos, sobre el cauce de la Rambla de Chirivel, a unos 2 kms de Vélez Rubio; obra fundamental para la comunicación de los Vélez con Lorca, fue terminado en los primeros años de la década de los 80 del s. XIX.

DESDE VÉLEZ-RUBIO. CÓMO SE IBA ANTES A LORCA

No estaba aún terminada la carretera de Vélez-Rubio a Lorca. Faltaban por construir varios trozos. No se había hecho ni comenzado todavía el puente de la Rambla del Jinte, denominado “de los siete ojos”. Se echaba por el camino viejo, por la Puertas de Lorca, Fuente del Jordil, alameda, antigua Ermita del Tonto, próxima a donde está la actual, siguiendo por la Tejera, por delante del nuevo Cementerio, a la balsa del “Chapao”, a salir por las cuevas de Viótar, a la Rambla de Nogalte y, de aquí, a Puerto Lumbreras, desde cuyo sitio y sin que todo fuera carretera, se llegaba a Lorca.

Entonces no había otra comunicación que los carros de Juan Caballero el ordinario, que traía y llevaba los encargos. Más tarde, amplió éste dicho servicio, dando mayor comodidad al pasajero con la instalación de una tartana; por cierto, sin muelles, sobre palometas y con un macho, que iba en un día y venía en otro, descansando los domingos. En este vehículo hacían el viaje los estudiantes de aquí que cursaban el bachillerato en Lorca y a los cuales, aunque a la sazón éramos niños, conocimos, y hemos ido viendo después cómo se alejaban para siempre arrebatados por la Parca. Eran aquellos: Fernando Pérez Suárez, Fernando Jiménez Sánchez, Pedro Rubio López, Miguel López Ballesta, Juan Soriano Fernández, Alberto Llamas Carrión, Ángel Segovia Pintor y varios otros que sentimos no recordar y que casi todos siguieron carrera.

Ya que nos ocupamos de éstos, consignaremos, aunque carezca de interés, este detalle: que se hospeda-

ban en Lorca, casa del ex-sacerdote entonces (después fue rehabilitado) don Melitón Palomera, excelente persona, complaciente y servicial como él solo, que los quería y consideraba como hijos y a quien nosotros mucho más tarde conocimos, tratamos y estimamos profundamente. Así las cosas y años más tarde, el ochenta y tantos, construido ya el puente que se entregó a fines del setenta y nueve y que resistió inmovible los embates de aquella terrible inundación, ocurrida el 14 de octubre de este mismo año y que tantos estragos produjo en Lorca, Murcia, Orihuela y otros pueblos, no quedando más trozo por construir que Casarejos, único hueso que tenía la carretera donde había que hacer encuartes para sacar de allí los carros, especialmente cuando llovía, donde pasaban las mayores fatigas los carreteros, establecióse un nuevo servicio por don Ezequiel Cabrera Cano, consistente en unos carros de violín, o sea, de lanza, sobre muelles, con dos enormes viseras que se asemejaban a un “chalacoc”, y que con la concesión del correo, que hasta entonces se llevaba a caballo, hacían el recorrido diariamente.

A estos carros, que invertían siete u ocho horas en el camino, denominó su dueño, y así constaba en el letrero que los mismos ostentaban, “Las locomotoras”, indudablemente por la rapidez y velocidad con que salvaban los 44 kilómetros de aquí a Lorca. Dichos carros, y tras de algunos años, fueron reemplazados por un coche diligencia de la empresa de los Alcaraces, que al obtener la concesión del correo nos dotó y favoreció con tan plausible reforma. Esto fue ya un adelanto para nosotros, puesto que con las dos remudas de caballerías que había, (la una en la venta denominada del tío Gregorio y la otra en el Puerto), sólo se invertían ya en el recorrido cuatro horas.

1929

Andrés CHICO DE GUZMÁN, “*Fray Crispín*”



Parada de los primeros automóviles frente a la posada del Mesón de Vélez Rubio, hacia 1900-20.

-*Ya viene el correo; ya se va el correo!*- recordamos que se decía con cierta alegría y complacencia por los vecinos de las calles por donde cruzaba éste, cuando se percibía el unísono cascabeleo de las guarniciones de los caballos, el acompasado trotar de los mismos y las voces de los mayores, mezcladas con los chasquidos de sus látigos. No era aquí solamente, era en todos los pueblos por donde pasaba la diligencia, donde a su llegada había siempre grupos de curiosos que se asomaban disimuladamente a las ventanillas para escudriñar y contemplar al viajero. Después de todo, nada era tan clásico en materia de viaje como una diligencia y, sobre todo, a la entrada de cualquier capital, para lo que se reservaban los mejores tiros: caballos escogidos y selectos que marchaban a trote firme, luciendo su atalaje y sonando alegremente sus cascabeles, destacándose el postillón, avispado rapazuelo, sonando incesantemente su cuerna.

A pesar de las expresadas comodidades, mejoró notablemente este servicio con la ingerencia de la compañía Arsina [sic], que introdujo los primeros autos y que fue, por cierto, aparte del adelanto, una novedad para este vecindario no acostumbrado a ver circular por aquí los modernos vehículos. Esta compañía que contaba con varias líneas en España y que continuaba siendo una de las empresas más potentes, o no montó bien el negocio, o no comprendió lo que era; lo cierto es que lo abandonó al poco tiempo volviendo con doble auge de nuevo los Alcaraces.

No ocurrió esto a la segunda empresa, o sea la de los Portillos de Huéscar, que algo después y obtenido el correo, establecieron un nuevo servicio de Lorca a María con automóviles marca Sause, y que al traspasar o arrendar dicho negocio, la nueva empresa, que hoy es de Puerto de Lumbreras, ha mejorado el material con nuevas marcas, haciendo el recorrido en las mayores y más excelentes condiciones, obteniendo por ello los más pingües rendimientos.

Con antelación a los estudiantes que al principio de esta crónica mencionamos y que realizaban el viaje de aquí a Lorca allá por el setenta y tantos en la citada tartana de Juan Caballero, hubo otros que igualmente estudiaron en la expresada ciudad a quienes hemos conocido y oído del mismo modo referir que, no habiendo entonces otra vía de comunicación, verificaban el viaje por la Parroquia en los borricos que constituían las recuas, cuyos arrieros iban matemáticamente dos veces en la semana, exportando harina, aceite, queso y otros productos y trayendo, a su vez, berzas para abastecer nuestro mercado.

Todo esto ocurría ayer. Hoy vamos en el correo y con excelentes comodidades y a marcha muy moderada en hora y media, y en cualquier coche de turismo en mucho menos: en cincuenta minutos. Esta evolución se ha verificado, todo ello ha acontecido, en el transcurso de sesenta años.

Vélez-Rubio. Agosto, 1929.
(Cortijo del Ríomula)

1929

Fr. CHRISTIANSEN



(Wyk, 1879-Innien, 1972) Hijo de un capitán de marina, siguió la carrera naval y, más tarde, sirvió en la marina mercante. En 1913 aprendió a volar y, durante la Primera Guerra Mundial fue llamado como aviador naval, realizando misiones destacadas en el servicio aéreo naval alemán. Asimismo, destacó en la Segunda Guerra Mundial al ser designado comandante de las fuerzas armadas de los Países Bajos. En el periodo de entreguerras realizó un viaje por las costas de España y Mallorca que se publicó con el título *Die Spanische Riviera und Mallorca*, August Scherl, Berlín. La descripción de Almería se halla en las páginas 159 a 166.

ALMERÍA

Qué suave y acariciador es el aire por Almería, qué maravilloso su emplazamiento a orillas del mar. El sol matinal esparce su brillo encantador por el agua. Como los deseos del corazón, las olas bailan arriba-abajo, pequeñas al fondo, donde nacen de la luz, grandes y majestuosas, donde rompen en la playa.

No menos que Málaga, Almería, gracias a su clima cálido y estable, brinda las mejores condiciones para una vegetación subtropical, cultivando mayormente uvas de una forma particular. Toda la llanura parece estar cubierta por unas pérgolas de la altura de un hombre. La parra crece hasta un tejado formado por alambres cruzados, para dejar colgar libremente sus racimos gigantes con un peso de hasta un cuarto de quintal, que son el principal bien de exportación de Almería para América, Inglaterra y Alemania. Estas grandes y magníficas frutas, conocidas como uvas de Almería, le alcanzan la boca del visitante de estos parrales. Desde la elevada vía del tren sólo se observan los abundantes brotes verdes de las hojas en los amplios campos, sin que uno sospechase de los espacios debajo de ellas con sus preciosos frutos.

Un pequeño agricultor se había construido una noria debajo de uno de estos parrales para regar su pequeña parcela fuera de la ciudad, cercana a las casas-cueva, de las cuales aquí también existen muchas. Un buey con anteojeras giraba una rueda horizontal, la cual actuaba sobre otra rueda vertical dentada, cuyos cangi-



Lavadero y noria a las afueras de Almería.

lones sacaban agua desde las profundidades como un bagger. Para enriquecer su agua, él había instalado un lavadero, donde los vecinos podían lavar su ropa pagando una pequeña cantidad. Así se utilizaba dos veces esta agua preciosa: para lavar y, enriquecida con las alcalinas del jabón, como abono líquido para las plantas.

Para tener un buen punto para sacar una foto de las casas-cueva, tuve que subir al tejado de una choza, que se había construido el agricultor en la muralla de la fortaleza: mi idea sorprendió al hombre, pero luego me lo concedió gustosamente. Cuando había vuelto a tierra firme, todos -padre, hijos y vecinos- me rodeaban, pidiéndome que les sacara también una foto.

¡Cuánta expectación reinaba entre esta gente ingenua, cuando se trataba de sacarles una foto! Se me quedó en el recuerdo una canción que una de las jóvenes lavanderas cantaba de alegría:



Ermita de San Antón y cuevas de la Chanca de Almería.



*Para cantar fandanguillos
que den pena y alegría,
es preciso haber nacido
en un barrio de Almería.*

Era un hombre fantástico este pequeño agricultor trabajador y emprendedor con una familia de sólo una docena de niños. En España no falta la natalidad, pero la gran mortalidad debida a la falta de higiene impide el correspondiente crecimiento de la población.

Ya se sabe que en el sur de España, el agua potable es vendida por aguadores en la calle; pero aquí incluso existen tiendas que se dedican exclusivamente a la venta de agua. A modo de ejemplo, leí un rótulo: Agua helada de la fuente de Enix 5 cts. el vaso. 50 cts. el cántaro llevado a la casa.

Como ya se había mencionado anteriormente, los moros habían tenido centenares de baños públicos en aquella ciudad. Pero esos atrevidos que con astucia y fuerza expulsaron y aniquilaron a sus constructores, ni siquiera supieron mantener el nivel cultural de ellos, y menos aún mejorarlo a lo largo de tantos siglos.

En la época de los árabes, Almería era una fortaleza importante, más tarde rodeada por una segunda muralla, como uno observa mirando la alcazaba. Desde la Plaza de San Antón se ve cuan imponentes deben haber sido las fortificaciones que coronan la roca caliza más arriba de la iglesia de San Antón. Las fuertes torres en la cumbre del monte son testimonio de la inexpugnabilidad del castillo. Hasta dos años antes de la rendición de Granada, Almería pudo defenderse de la conquista cristiana. Todavía hoy hay una iglesia con forma de mezquita en un baluarte en un promontorio, a cuyos pies rompen las olas del mar.

Desde Almería hasta Huércal-Overa no existe ninguna vía férrea. El coche pasa por interminables tramos de parrales los que, vistos desde arriba, forman una única alfombra verde y significan para Almería una exportación anual de 112 millones de barriles de uva fresca. En la lejana Sierra Nevada se han aposentado nubes, tan increíblemente compactas y llenas de nieve que me convencí de considerar como auténticos aquellos nubarrones que aparecen como soporte del trono de Dios en los antiguos lienzos.

Seguía un paisaje que con su carácter salvaje, agrietado y yermo supera cualquier imaginación fantástica y recuerda a las montañas lunares. Las calizas son tan blandas que uno piensa poder observar las huellas de la última lluvia grabadas como en azúcar. Picos, cuevas, pasadizos, barrancos, pliegues y grietas en increíbles variaciones sorprenden la vista. Otra vez las cuevas naturales ofrecen miles de posibilidades para viviendas y poblaciones para las personas. No se echa en falta el alcantarillado por no existir en las pequeñas ciudades españolas. Las casas-cueva rodean también la pequeña ciudad de Sorbas.

Tabernas es totalmente rural – un pequeño pueblo, puesto regularmente en contacto con el mundo exterior gracias al creciente servicios de coches. No se pudo escapar de mi aparato un tipo singular, un barrendero. Sacarle la foto al viejo no carecía de un toque cómico, porque huyó asustado del aparato fotográfico como de un arma mortal, hasta que conseguí calmarle hablándole tranquilamente.

En Huércal-Overa, el último pueblo de Andalucía, se cambia el coche por el ferrocarril, el cual cruza el Sangonera, el afluente derecho del Segura, para acompañarlo por un amplio valle entre dos cordilleras.

1930

Charles L. FREESTON



En su ruta por España, el automovilista Freeston atraviesa fugazmente el norte del territorio almeriense por la carretera general de Granada a Puerto Lumbreras y nos deja su testimonio en *The roads of Spain: a 5000 miles journey in the new touring paradise*. Londres, Humphrey Touluin, 1930.

El paisaje de la siguiente etapa hacia Cúllar de Baza, a 22 kilómetros, es muy curioso, al consistir en una enorme extensión de montículos grises, salpicados por matas de vegetación. La carretera se encontraba en mal estado durante varios kilómetros, por lo que fue agradable cruzarse con metal nuevo y una apisonadora en marcha. Más allá de pintoresco pueblo viejo, el campo se hace gradualmente más fértil por un tiempo, pero se vuelve yermo otra vez. Sin embargo, tras pasar Las Vertientes, un pueblecillo con una iglesia, el suelo se vuelve rojo otra vez, y la llanura está más o menos cultivada conforme se entra en la provincia de Almería.

Adelantamos a numerosos carros muy cargados, algunos tirados por cuatro mulas. Antes de llegar al siguiente pueblo, Chirivel, se hizo evidente que las obras

de reconstrucción de la carretera se estaban efectuando hacia el oeste, pues ahora empieza un tramo de buena carretera, por la que es posible viajar a alta velocidad. En Vélez-Rubio, un pueblo más grande, cuya entrada consiste en una larga avenida de pinos, tuvimos la ocasión, bienvenida, de refrescarnos. Fue divertido ver un letrero en la pared que decía “No se fía”. Más allá del pueblo, adelantamos un carro cubierto, cuyo conductor estaba dormido; una circunstancia harto inusual en España, donde hay pocos motivos de queja en cuanto a la obstrucción por parte del tráfico lento.

De camino a Puerto Lumbreras, se entra en la provincia de Murcia, y, a 15 kilómetros del pueblo, pasamos por la casa de un peón caminero, la primera desde que dejamos Granada. La carretera se vuelve sinuosa, con ondulaciones y un largo descenso al pueblo, a 97 kilómetros de Baza.

1930

E. Allison PEERS*

Difícilmente se visitará Almería desde Málaga salvo los automovilistas. Se puede efectuar como excursión de fin de semana desde Granada, o puede servir para romper la monotonía del largo viaje en tren desde Granada a Murcia: el cruce está en Guadix (página 266). Es un puerto grande, prosperando, como todo el mundo sabe, gracias al comercio de uvas y otros productos locales demasiado variados

para citarlos. Ni su Alcazaba musulmana ni su Catedral del siglo XVI merecen una visita por méritos propios; la situación idónea de la ciudad, con su flora casi tropical, su delicioso clima y las características que comparte con Málaga atraen a muchos viajeros desde Granada, aunque acaso no tantos como si contara con más hoteles y mejores comunicaciones.

* *The ktbag travel books Spain...* 1930. Traducido por Christian Navas.

1930

Joaquín SANTISTEBAN DELGADO



Del erudito y publicista local Joaquín Santisteban conocemos varios trabajos aparecidos en la prensa de la capital y provincia dando cuenta de su experiencia de viaje a varios a la capital y algunos pueblos (*La Crónica Meridional*, 9 y 28-IX-1924; *El Censor*, Cuevas del Almanzora, 28-I-1935). En la presente ocasión reproducimos un nuevo trabajo por su carácter de excursión o viaje cultural, aunque los contenidos son claramente artísticos. Sin embargo, nos ha parecido muy conveniente incluirlos, primero, por la escasez de informaciones histórico-artísticas de nuestra provincia; segundo, por la calidad de la crónica de viaje; tercero, porque constituye un ejemplo (no muy frecuente en Almería) del excursionismo científico que tanto proliferó en otros lugares de España. La expedición la hace “con la ayuda del culto profesorado de este Instituto y de las Corporaciones de nuestra ciudad”, teniendo la intención de “seguir mi investigación en el resto de los pueblos”, y de publicar una memoria posterior. No sabemos qué ocurrió...

En esta larga memoria de viaje, Santisteban, humanista e investigador como pocos del patrimonio histórico y artístico almeriense, preocupado por su conservación y buen estado, se muestra un agudo y profundo descriptor de los bienes por el Andarax, conocer profundísimo de estilos, tiempos y autorías. Auxiliado de familiares, amigos, conocidos o personas cultas del lugar, va recorriendo y señalando, uno a uno, los principales edificios civiles y religiosos de las localidades, resaltando piezas de mérito y escudos de armas, presentándonos esculturas, cuadros, objetos de orfebrería, etc, de los edificios inspeccionados. Apoyado en determinadas personalidades de cada pueblo, alaba su colaboración y desvelos por la conservación de piezas artísticas; pero, las más de las veces, se muestra indignado por los abusos y atropellos y desafortunadas actuaciones de los lugareños, por el descuido de autoridades y responsables ignorantes y por la incuria de los tiempos o por la miseria y falta de cultura de los pueblos, por los caprichos de algunos feligreses o los hurtos de los anticuarios. Además, como él mismo dice, hace el viaje para “desfacer entuertos”: “aportando datos que tal vez sirvan para rectificar muchos errores sostenidos por algunos historiadores en cuanto afecta al solar almeriense”.

Otra de sus preocupaciones fundamentales serán los fondos documentales albergados en los archivos de los pueblos visitados, sus instalaciones, ordenación y cuidado. Desmenuza papeles y nos aporta una ligera descripción de sus contenidos, aunque nosotros hemos obviado esta información porque se trata más de trabajos de investigación histórica que propiamente de viajes.

Esa serie de artículos, como otros muchos del mismo autor, fueron dados a la luz en la prensa provincial con el título de “Expedición científica y arqueológica a siete pueblos”; en *La Crónica Meridional*, publicados entre el 5 y el 19 de octubre 1930.



Itinerario por el Andarax: torre del templo de Fondón y paisaje propio de la zona (Foto de L. Cara).

EXPEDICIÓN CIENTÍFICA Y ARQUEOLÓGICA A SIETE PUEBLOS

LAUJAR (EN CONJUNTO)

I

Con razón Laujar ostenta escudos nobiliarios en multitud de viviendas; es patria de caballeros, porque el proceder de sus habitantes, hasta los más pobres, revela una hidalguía que honra a este país.

Vega deliciosa, encerrada entre las sierras Nevada y de Gádor, hace del antiguo "Auxar" una mansión de ensueño, donde se aúnan los productos de la campiña granadina con el cactus almeriense.

El pueblo ocupa una pequeña planicie, en el que forman artístico conjunto las casas chicas y oscuras, de factura árabe, con los hermosos palacios estilo Renacimiento. Son dignos de mención, entre éstos, el existente entre la calle Real y la de San Miguel (primera casa que ocuparon los Yanguas); el de la calleja de Dolores, que ostenta el escudo de los Moyas, que es donde vive don Andrés Aparicio López; el precioso de la vía de San Pedro, con sus diez ventanales, cobertizos y admirable pórtico; el habitado hoy por el honorable don Joaquín Gómez de Mercado; el que es residencia del médico don José Godoy, y la antiquísima morada señorial, establecida en la travesía de la Concepción, número 1, que goza don Manuel Godoy y familia, con un balconcito angular, dividido en dos por esbelta y delgada columna, envidia de extranjeros y encanto de turistas.

La Casa Consistorial es preciosa obra del mismo estilo que las otras mansiones nobiliarias, edificada en tiempos de Carlos I, según publica la lápida que campea en su frontispicio, y al lado se ve un pilar, de lindo dibujo, que ostenta el escudo del pueblo, consistente en un pórtico fortificado y, sobre él, aguas que son surcadas por una nave con vela y bandera con cruz, llevando dos palomas como pasajeros colocadas al principio y término de la embarcación. Rodea el símbolo heráldico un letrero que dice: *Lauxar de Andarax*.

No me detengo a hablar de los escudos, porque serán objeto de otro artículo sobre las piedras armeras de esta localidad; sólo cabe recordar que existen restos de torreones y murallas árabes, y que aún se ven las paredes del palacio de Abén-Humeya, en la casa de la

señora viuda de Navia, que habita el barbero José Rodríguez.

La amabilidad del Secretario del Ayuntamiento de Laujar, don Andrés Aparicio Aparicio, me hizo ver la cueva en que refiere la tradición fue asesinado el caudillo morisco, caverna que se comunica con el actual convento y antigua Alcazaba y que se halla tapiada e inexplorada. Me contó tan amable señor un curioso episodio ocurrido en las proximidades de ella. Hace veinte años, en la casa de don Juan Aparicio Alcalá, se ató una bestia en una ventana contigua al palacito de Abén-Humeya y, estando blandeado el piso por reciente lluvia, al cocear el animal se hundió un trozo de la calle, apareciendo la galería que, encontrándola oscura y dilatada, produjo miedo en los exploradores. El descenso a aquella tenebrosa caverna no fue infructuoso, pues recogieron varias monedas árabes que fueron cotizadas, y se averiguó que la tradicional cueva, en que fue asesinado Fernando de Válor, tenía prolongación hasta lejano paraje. El Ayuntamiento, en recuerdo de tal hecho, perpetuó la tradición dando a la calle el nombre del caudillo musulmán.

Más abajo de la antigua Alcazaba se ve un trilito, ya destruido, y en la finca de don Baldomero Gómez, llamada la *Balsa de la Era*, a unos cincuenta metros de la carretera, una necrópolis ibera o árabe, que ha sido destruida.

Que Laujar tuvo reconocida importancia y que fue región rica (como aún sigue siéndolo) lo acusa su parroquia, el convento, la ermita, sus palacios y el hallazgo constante de monedas, no solamente árabes, sino romanas, como aconteció hace poco en la finca de don Antonio Ros, a cuarenta o cincuenta metros del pueblo, donde en una terrera fueron descubiertas noventa piezas de cobre y una de bronce. A unos quinientos metros se encuentran las ruinas del pueblo de "Hormica" o "Formica", con una cueva profunda, aún inexplorada.

El "Auxar", así llamado en el año 1574 por Juan Pérez de Hurtado, juez de comisión para el asiento y población de la taha de Andarax, estaba regado por el "Dali" (antiguo nombre del Andarax) que recibía como afluentes al río Celiva, al mayor Elhava y al arroyo del Undinar, comprendiendo su taha a Bayarcal, Paterna, Lauxar y su contorno, Llanos del Andarax, Fondón, Beni Acid (hoy Benecid), Alcolea y Presidio.



Vista panorámica de Laujar, primer pueblo visitado por Santisteban (Foto de L. Cara).

Patria del notable poeta Francisco Villaespesa, del célebre guardia de corps Luis de Villaspesa y Real, del héroe en Bailén Diego Gómez de Mercado, del famoso don Pedro, del mismo apellido, que supo en 1501 reprimir el alzamiento de los moros en la serranía de Ronda; de don Alonso Fernández de Mercado, que acompañó a don Lope Díaz de Haro en la toma de Baeza; lugar en que vivió el célebre sabio don Leopoldo Eguilaz, ha sabido perpetuar la memoria de sus hijos, consagrando calles a héroes moriscos y cristianos.

Sólo apena el antiguo palacio llamado de las Torre-cillas (hoy destruido) y el ver cómo amenazan ruinas otros muebles.

Laujar, con sus amplias viviendas, de techos formados con troncos de árboles y cañas entrelazadas, cubiertos de launa; sus tejados y alminares, sus pequeñas ventanas y amplias puertas, da la impresión verdad de remotas edades y las edificaciones nuevas, enfrente del Casino, son un algo que desdice del ambiente árabe y medieval que se respira en su recinto.

LAUJAR (MONUMENTAL)

II

En tres grupos pueden clasificarse los monumentos de Laujar: religiosos, heráldicos y civiles. Incluyendo entre estos últimos la preciosa Casa Consistorial, con sus dos torrecillas de hierro, su veleta y su reloj, cómodo y amplio local, con precioso archivo admirablemente custodiado, sala de Juntas, etc., y que debió su edificación a la mag-

nánima voluntad de Carlos I de España y V de Alemania; y los innumerables “pilares”, de la misma época, con molduras y adornos, que arrojan por sus caños torrentes de agua pura y cristalina. Entre los “religiosos” son dignos de mención: la iglesia parroquial, el convento y las innumerables ermitas que profusamente aparecen en todas las vías.

Al término de la calle Real hay una ermita pequeñísima, con un lindo cuadro al óleo, que representa la Virgen del Carmen, cuya imagen la piedad de los habitantes tiene constantemente iluminada; otra existe a la salida de la carretera y, otra, al norte del pueblo; esta última es la más importante. Varias ermitañas (puesto que contemplé dos: una vieja y otra joven) y dos o tres ermitaños chiquitillos, que viven en local adscrito a la ermita, cuidan tan bonito local, consagrado a la Virgen de la Salud, linda imagen que se guarda en un camarín, de estilo gótico, decorando la bóveda una corte de niños desnuditos y en los capiteles de las columnas angelillos y hojas. Dos preciosos ángeles, de mayor tamaño, con indumentaria azul y oro sostienen las lámparas del Sagrario, y a los lados del altar aparecen las no despreciables esculturas de San Marcos y San Sebastián. Diez y ocho cuadros al óleo, entre los que sobresalen San Agustín y las Tres Marías, cubren las paredes del templo, y es digno de mención un Cristo crucificado, de talla bastante perfecta. La limpieza del local deja mucho que desear, pues cuando visité la ermita había bastante polvo y alguna que otra telaraña; no obstante, el encanto de la obra borra estos recuerdos y disipa tales nimiedades,

dejando, al salir por su pórtico estilo Renacimiento, una grata impresión artística difícil de olvidar instantáneamente.

Ruido de telares que hilvanan géneros de punto, el chirrido de piedras desgatadas que producen harina y los tricornos de la Guardia civil, todo se hacina en el antiguo y dilatado claustro del convento, bajo cuyos arcos góticos florece la industria y se elabora el pan de los hombres. Solamente la iglesia se conserva intacta, custodiada por las esposas de los guardias, que limpia cada una su altar y ábrase al culto para festejar a San Antonio. El altar mayor, de estilo Renacimiento, presenta una talla de Santo Tomás y está coronado por un óvalo donde aparece una Purísima de la escuela del Tiépolo. Cuatro altares con pinturas al óleo y el consagrado a San Antonio, completan el decorado del sacro local, que en otro tiempo estuvo primorosamente pintado, siendo blanqueado por alguna mano criminal; pero el tiempo y la humedad, más artistas que los hombres, hacen caer la cal y descubren la pintura.

La iglesia parroquial es un modelo de gusto y de elegancia; de pórticos renacentistas, presenta en su interior altares barrocos y churriguerescos; pero, entre ellos, cubriendo las paredes y llenando los huecos, hay tal número de cornucopias, de todos tamaños y cuadros al óleo, que representan una verdadera fortuna. Dos cobres admirablemente pintados y una cruz gigantesca, en donde se han grabado los consejos para santificar las fiestas, terminan el adorno de las paredes, y delante del presbiterio, sostenidos por hierros de robustos fustes, aparecen seis ángeles guerreros con casco y peto de acero y plumas emblemáticas, que sostienen las lámparas que alumbran el santuario. Está consagrada la parroquia a Santa María de la Encarnación, no pudiendo adquirir mayor cúmulo de datos porque el párroco, persona culta y atenta, se vio ocupado en recibir la visita del Cardenal durante los días de mi permanencia.

Debo recordar antes de terminar esta reseña, que el “Pilar”, emplazado cerca del Ayuntamiento, que ostenta el escudo de la villa, fue edificado en 1638, y que el convento se construyó con limosnas de Dalías, Berja y Laujar, rifándose entre los tres pueblos y tocando en suerte la prosperidad a este último. En la iglesia se custodian libros antiquísimos: el de Bautismos alcanza al año 1584, el de Defunciones al 1623 y el de Matrimonios al 1638.



Altar mayor barroco del templo de Laujar (Foto de L. Cara).

LAUJAR (MONUMENTAL)

III

La tercera clase de monumentos que existen en Laujar son los “heráldicos” o casas blasonadas, siendo notable que las piedras armeras acusan distinta familia o propiedad de aquella a quien atribuyen su posesión. Todas estas mansiones se ajustan a un mismo plano: ancho pórtico, zaguán cuadrado, patio con columnas o manchones de obra, escalera amplia y severa, corredor con baranda de madera cuadrangular y las habitaciones adosadas al muro, alrededor del patio y del antedicho corredor. Algo sombrías por los cobertizos tejados que cubren sus ventanas y por no recibir los patios más que luz cenital, tienen, no obstante, un aspecto tan serio que parecen ser el símbolo de aquellas pasadas generaciones de férreo corazón y hosca inteligencia.

En la calle de San Pedro aparece la casa llamada de los Yanguas, aunque el escudo que allí campea es de los “Moyas”, según declara el letrero de la calle de Dolores y el emblema heráldico que allí existe. Tiene tan artística vivienda diez ventanas separadas por pequeños arcos, tres balcones y dos rejas con artísticos hierros, dos puertas renacentistas, una de ellas preciosamente labrada, y en la otra, cubriendo las



Una de las magníficas viviendas barrocas de Laujar descritas por Santisteban. (Foto de L. Cara).

jambas, capiteles, fustes y basas, adornos con cruces y el siguiente letrero: *Del Señor Ag. Gómez. Jesús y José... Año 1732*. Sobre el balcón central se ve un escudo con cimera mirando a la diestra, lambrequines y dos cuarteles; en el primero una escala inclinada y en el segundo cuatro bandas de terreno llevando cada una tres cruces. Repítase este escudo en la calle de Dolores, casa que habita don Andrés Aparicio López, pero en ella el escultor ha esclarecido dudas, pues sobre él dice: *Esta es la casa de Moya*.

Gracias a la amabilidad de don Manuel Godoy y de un joven (hijo o sobrino del mismo señor), pude visitar el palacio estilo renacimiento que habitan y descansar breves instantes en la morada del primer alcalde de Laujar, “don Bernardo Gómez de Mercado y Calderón”, natural de Campanario (Extremadura), que mandando setecientos hombres como cabo, vino a poblar la región. Esta casa presenta amplias habitaciones, lindo patio con potentes columnas y una preciosa ventana en la misma esquina del edificio que forma un doble balcón por una columna que hace de arista. Es tan caprichoso, que semeja dos grandes hornacinas adosadas.

Continuando mi exploración y sirviéndome de guía un chico, que se negaba a aceptar dádivas, lle-

gue frente a la casa del médico don José Godoy, que encontré cerrada; no pudiendo saborear las bellezas arquitectónicas que en ella se encerrasen, pero en cambio copie el escudo que sobre sus muros campea. Bajo cimera mirando a la diestra, coronada de plumas y sin lambrequines, aparecen cuatro cuarteles; el primero y cuarto, con cuatro bandas paralelas, y el segundo y tercero, con un olmo u olivo.

El palacio de Abén Humeya solo conserva las paredes que dan idea de una hermosa y resistente construcción y la cueva tradicional que ya he mencionado, pero acomodado por los nuevos propietarios a las modernas exigencias, ha perdido su histórico carácter para convertirse en casa de vecindad humilde.

Muy digno de mención es otro hermoso local situado en la calle Real y de San Miguel, próximo a la iglesia, que presenta un balcón y dos rejas con cobertizos tejados y hierros primorosamente labrados, que terminan en puntas de lanza. En el segundo cuerpo del edificio se ven diez arcos con ventanas y separando las cinco primeras de las cinco restantes una cara que parece humana, pero que rodeada de melena es tal vez leonina. Sobre el balcón y bajo el cobertizo, se ve un escudo con casco mirando a la diestra y dividido en cuatro cuarteles: primero y cuarto, león rampante; y segundo y tercero, castillos.

No restaba a mi exploración más que visitar la residencia solariega del señor don Joaquín Gómez de Mercado, y, atentamente invitado por dicho caballero, pude ver no sólo el local, sino el sinnúmero de objetos artísticos que en él alberga. De los cajoncitos de un bargueño del siglo XVI, primorosamente labrado, sacó el manuscrito con la historia genealógica de su apellido, y después de proporcionarme interesantes datos, me hizo saborear dulces y licores, tan agradables como el trato de los donantes. Palacio severo, adusto, de fornido aspecto, sus paredes parecen ciclópeos muros y sus puertas ornadas de artísticos clavos revelan la labor del artista que quiso agradar a la riqueza y al poder. En las escaleras se pierde el ruido de los pasos, brotan las luces de antiquísimas lámparas y la figura del venerable anciano, dueño de aquel recinto, hace revivir la sombra de generaciones orgullosas de sus timbres y glorias.

No describo los blasones de esta familia, porque pienso hacerlo al hablar de las casas pobladoras de la región.

LAUJAR (HISTORIA)

IV

La historia del “Auxar”, conquistada por los Reyes Católicos, queda relegada a la narración más o menos verídica de los historiadores, pero los documentos justificantes del relato, o han pasado a poder de particulares y desaparecido de los contornos del pueblo, o fueron quemados cuando la rebelión de los moriscos. Solamente aparece documentación desde el 1561, y ésta es una Real Cédula de Felipe III [sic] en que se ordena repartir las tierras y casas de los moriscos, abonando los nuevos propietarios un real de censo por cada casa y un tanto proporcional al producto por las viñas y tierras. Gracias a la amabilidad del secretario, don Andrés Aparicio Aparicio, pude revolver los antiguos papeles, encontrando entre ellos como dignos de mención, la *Lista de pobladores* después de la expulsión de los conversos; un *Libro de suertes* o lotes adjudicados en 1606; un *Catastro* de 1772; otro *Libro de Censos* del mismo año, fechado en 10 de Febrero, y un deslinde de “bienes de propios” hecho el 13 de Marzo de 1747, siendo alcalde, don Matías Sánchez; secretario, don Manuel de Toro; y regidores, Matías Moreno Joso y Diego Rodríguez.

Es curioso que aunque en 1573 aparece una “Lista de pobladores” después de la expulsión de los moriscos, no se da posesión a estos de los lotes o suertes adjudicadas, hasta 1574 en que se designa al juez de comisión para el asiento y población de la taha del “Dalí” o “Andarax”, a Juan Pérez de Hurtado; es decir, que casi un año estuvo desierto aquel lugar.

Don Pedro Mercado, extremeño, Alcalde de Corte, que en 1501 reprimió el alzamiento de los moriscos en la Serranía de Ronda, encarga a su pariente don Bernardo Gómez de Mercado y Calderón, natural de Campanario y casado con doña María González, que como Cabo de 700 hombres, custodiase y defendiese la villa de Laujar, siendo su poblador y primer Alcalde.

(...)

Tales fueron los cristianos viejos, limpios de toda mala raza, según declaraban, que ocuparon las casas y tierras de los moriscos, y tal es la relación verídica y detallada que en el Archivo Municipal obra.



Detalle arquitectónico y de forja de una mansión de Laujar. (Foto de L. Cara).

LAUJAR (HISTORIA)

V

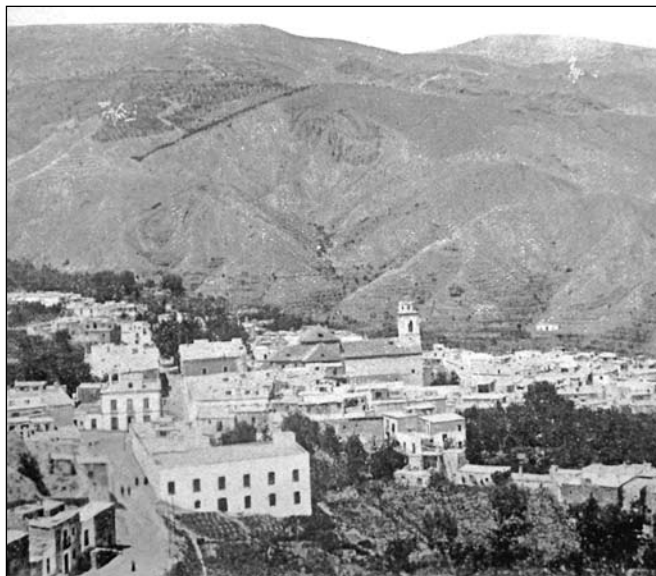
Entre los documentos interesantes que posee el Archivo Municipal de Laujar, se encuentra el Repartimiento de aguas del río Dalí, llamado posteriormente Andarax, plano que soluciona muchos disgustos y controversias entre los pueblos próximos, pero que me veo imposibilitado de publicar por la falta de medios litográficos para su reproducción en la prensa, reservando para la Memoria que he de imprimir la inserción del mismo. En él se marcan con nombres árabes (hoy ignorados) los arroyos, acequias, molinos y pueblos a que el río sirve con el tributo de sus aguas. Celiva, Elhava, Undinar, Auxar, Beniceid, etcétera, demuestran cuán distintos eran los epítetos antiguos y modernos.

Terminada la rebusca de papeles oficiales y aprovechando las deferencias que me guardaba don Joaquín Gómez de Mercado, descendiente por línea recta del primer alcalde de Laujar, quise conocer la genealogía de su familia y de un precioso árbol que custodia, pude tomar los siguientes datos: (...)

LAUJAR (HISTORIA) Y CANJÁYAR

VI

Era el cuarto día y necesitaba aún ver seis pueblos, y aunque había encontrado algunas balas de catapulta



Vista general de Canjáyar a comienzos del s. XX.

y honda en los terrenos demolidos de Laujar, no creía terminado mi trabajo sin recoger los datos sobre los pocos escudos que me quedaban por reseñar.

La casa de Yanguas usa sobre fondo azul castillo de oro y al frente bandera gules con bordura de plata y diez armiños sables. Los Corveras, descendientes de Cataluña, llevan cinco cuervos sable coronados sobre campo oro. Los Aparicios, 0 sobre fondo rojo, guerrero tremolando bandera, de color sable; los Lorenzos, parrilla negra colgante sobre fondo rojo, y los González, casco de rejilla y cinco plumas, azules y blancas, mirando a la diestra, lambrequines del mismo color y cuatro cuarteles; primero, castillo oro sobre campo rojo, orla roja con aspas de San Andrés plata; segundo, parrillas colgadas, sable sobre peto rojo; tercero, parrillas sable sobre campo rojo, orla plata con cruces rojas de San Andrés, y cuarto, sobre campo rojo cinco roeles sable con vírgenes azules.

Concluidos mis estudios y al despedirme de la fonda, donde el bondadoso Pedro me había cobrado a siete pesetas diarias dándome un suculento trato, abandoné con pena Laujar, que tanto se presta a investigaciones históricas. Desde Laujar a Fondón se camina por carretera, pero desde este pueblo a Almócita es preciso emplear caballería, traspasando una vereda ascendente hasta lo más elevado de la sierra, para descender después en tortuosa y peligrosísima curva hasta el fondo de un barranco que, lleno de lodazales, mancha al viajero y hace peligrosa una caída. Muchos trayectos

se hacen a pié y, aunque a la sazón se ven dos brigadas de obreros construyendo la deseada carretera y un estribo de puente levantado, todavía no se utiliza para el viandante.

Juan, el dueño de la mula en que yo caminaba, anduvo sus cuatro horas a pie, y al llegar a Almócita, con más hambre que debió pasar Sancho en sus aventuras quijotescas, la posadera quedó admirada de nuestra presencia.

Si hermosa era la salida del sol desde aquellas cumbres, el contorno era desolador; miles de minas plumbíferas abandonadas; pozos cegados, viviendas destruidas, carretera antigua llena de cortados y bloques de lajas infranqueables, parecían acusar horribles sacudidas sísmicas o la acción aniquiladora del genio del mal. Y para colmo de desdichas, en Almócita hallábase ausente el secretario del Ayuntamiento, la iglesia sin techo, el suelo empedrado de forma infernal, y en la posada, único albergue de refugio, carecían hasta de pan para consuelo de afligidos viandantes.

Recordando pasajes del Quijote y dando consejos al buen Juan, mi acompañante, consejos que contradecía mi pensamiento, nos encaminamos a Canjáyar, buscando la fonda de María Moreno, en la calle Real, albergue cómodo, pero caro, pues ni la vianda, ni la habitación pueden ser comparadas con las de Pedro en Laujar.

Canjáyar es un pueblo a la moderna, es bolchevique; ha destruido los rancios abolengos para convertirse en señoritos de café, con curiosidad de niño mal educado y presuntuosidad de magnate de nuevo cuño. Solamente en el portillo del Vicario se ve un escudo de los Sánchez de Úbeda, con el estopín sostenido por férrea manivela, celada mirando a la diestra y con borduras.

El paisaje cambia en las proximidades del pueblo; Beires, Ohanes, Canjáyar, sólo presentan parras y escasas higueras, bloques graníticos en el río y abundancia de agua en los cauces. Gracias a la amabilidad del secretario de aquel Ayuntamiento, don Antonio Sánchez Estevan, y del alcalde, pude ver la Iglesia y el Archivo Municipal.

Custódiase en éste una redención de censo del año 1848, un pleito entre Berja y Canjáyar (1787) por

haber entrado carboneros de este último pueblo a talar en el Campo de Dalías y un Repartimiento de 1755 [...] Según el Catastro, hubo en Canjáyar mil quinientos ochenta vecinos que lo habitaban en el siglo XVIII.

En ausencia del cura párroco, pude conseguir por mediación del secretario visitar el templo, consagrado a la Santa Cruz que, según publica una lápida, apareció en los muros de la iglesia siendo sacristán J. Matías de Peralta. Esta lápida se encuentra en el muro, frente a la pila bautismal, y en ella se lee: *“Año de 1611. Día 19 de Abril. Se halló en este sitio la Santa Cruz que se venera en esta Iglesia”*.

Hállase en la sacristía un cuadro al óleo representando a don Ignacio Antonio Navarro, hijo y beneficiado de Canjáyar y Magistral de Granada, y una tabla recordando un milagro de la Santa Cruz.

El templo es de estilo Renacimiento y en el camarín aparecen pinturas, mandadas retocar por don Antonio González, en las cuales se ven sacerdotes enseñando una pequeña cruz a los fieles y a los árabes, y en la última, un morisco con blanco albornoz que, provisto de un puñal, trata de asesinar a un clérigo.

Los libros parroquiales más antiguos son: de 1573 los de bautismos y de 1613 los de defunciones.

Sobre el antiguo cementerio, adscrito al templo, se han levantado los locales escuelas, no quedando de aquél más que unos huecos, portentosamente largos, que me enseñó el sacristán, y una cruz de madera en que se lee: *“El cura Moral que en paz descanse”*.

Nada me quedaba que ver en Canjáyar, pero persistí un día más para visitar Ohanes y ver en Beires la bandera o pendón regalado por don Juan de Austria, después de ajustar tregua con los moriscos en el histórico lugar llamado “Cortijo de la Poces”.

No poco me molestó la insistencia en la fonda para averiguar si trataba de cobrar algún nuevo tributo al pueblo, cosa que no me extraña, pues allí residía un fiscalizador de propietarios para el Seguro Obrero, y, aunque les aseguraba como Cristo que el reino de la ciencia no era de tributación ni gabelas y que era preciso dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, no lograron entenderme. ¡Pobre concepto



Trazado de la carretera en los alrededores de Canjáyar hacia los años 30. (Gentileza del Museo del Marchal de Gracia Navarro y Emilio Esteban).

del Estado, que sólo se representa en los pueblos por la depredación y la ruina!

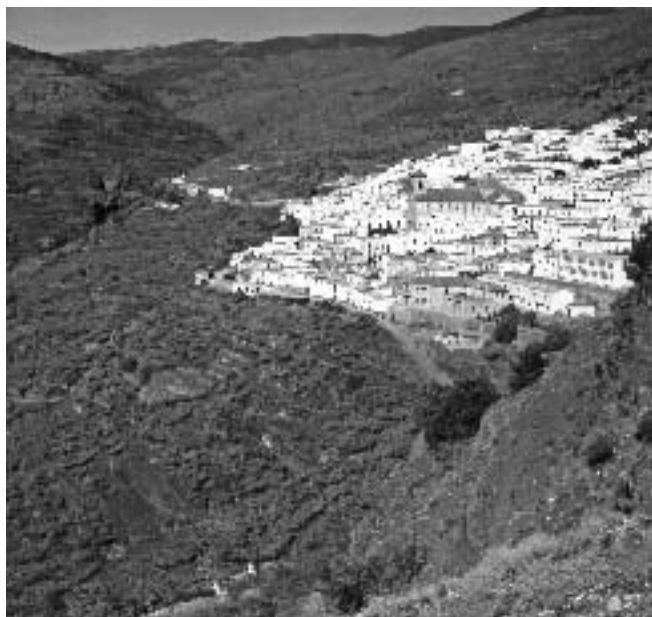
A falta de labor intelectual, fui compensado por el amable trato del ya nombrado secretario, del culto juez de instrucción, de un señor que reside en Madrid y posee una preciosa quinta, y del distinguido escritor don Eladio Guzmán, con quien tuve el placer de hablar sobre arte e historia.

OHANES (MONUMENTAL E HISTÓRICO)

VII

De Canjáyar a Ohanes hay un paseo y, decidido a no dispendiar más dinero que el asignado por los compañeros del Instituto, reservando algo para comprar antigüedades si posible fuese, emprendí mi viaje a través de una vereda que conduce por el cortado del río, y bordeando la montaña penetré en aquel delicioso lugar, que aparece colocado en la falda de la sierra y envuelto entre parrales hasta los contornos de Beires.

Provisto de recomendaciones de mi buen amigo el profesor señor Escamilla, me veía feliz saboreando ya la contemplación de miles de objetos prehistóricos, pero cual no fue mi decepción al hallar en el campo a todas las personas con quien contaba para satisfacer mis ansias. No obstante, me encaminé hacia la Casa Consistorial, donde el secretario, don Juan Vizcaíno,



El pueblo de Ohanes emplazado en la vertiente de Sierra Nevada. (Foto de L. Cara).

persona que honra al pueblo, por su amable trato, me proporcionó un rato de solaz jamás soñado. De un armario, donde guarda cuidadosamente la documentación antigua, fue sacando legajos envueltos en piel o cubiertos con pergamino, en cantidad suficiente para entretenerme unas horas, y colocándolos en condiciones que fuese fácil su consulta.

Fue el primero que cayó en mi mano una Real Cédula del Rey don Felipe, signada y rubricada por Francisco de Castro, en que se ordena un reparto de terrenos hecho en Ohanes el día de San Juan del año 1577, y por las diligencias consta que en 8 de Marzo de 1574 tomó posesión el juez y escribano Blas Dorantes, llevando consigo a Juan Vizcaíno, conecedor del lugar, de 106 casas de moriscos (cincuenta habitables y las demás inhabitables), 6 de cristianos viejos, un horno y cuatro molinos de pan. También se mencionan 60 fanegas de tierra de riego y la repartición de suertes entre los primeros pobladores...

(...)

Agotada la rebusca de papeles y siendo las doce del día, acompañado por el digno secretario, señor Vizcaíno, me encaminé hacia la vivienda del párroco, don Alberto Gómez, gran teólogo, joven ilustrado y atento que se mostró propicio a enseñar la Iglesia y los antiguos libros del Archivo Parroquial.

OHANES (MONUMENTAL)

VIII

De camino que el señor Vicario y yo marchábamos hacia la vivienda del párroco don Alberto Gómez, vimos en la calle del Tesoro una casa renacimiento, con aspecto de palacio, obra del siglo XVI, y aunque el piso de las calles era infernal, pues las piedras se hallan colocadas de canto, pudimos, casi saltando, arribar ilesos a la morada deseada.

El señor Gómez es un joven listo, gran teólogo, de agradable trato y, como persona ilustrada, no responsable de los disparates que en aquella iglesia parroquial se han cometido.

En un lienzo de pórtico renacimiento y en el interior gótico moderno, se encuentran lienzos cortados, un camarín con un preciosa Purísima, a quien para colocarle vestiduras se le aserraron brazos, una pierna y hasta los ángeles del pie; un Cristo que debió tener la lividez cadavérica, pintado con arreboles de refulgente vida y al cual la piedad y pudor de una feligresa proveyó de unas enaguítas un tanto cursis; y un retablo churrigueresco consagrado a la Virgen de los Dolores que un caprichoso colocó junto a húmedo muro, pudriendo las tablas y amenazando ruina. Adornan las paredes cuadros al óleo, algunos de indiscutible mérito, otros procedentes de Tices, y en la Sacristía una tabla pintada, representando a San Antonio, por la cual anticuarios granadinos habían llegado a prometer hasta quinientas pesetas.

La lucha del sacerdocio ilustrado en algunos pueblos es horrible, y muchos errores que se observaron son producto de fanáticas feligresas y de piedad mal comprendida, que hacen destroz ar imágenes, blanquear paredes, pintar Cristos y tantos otros crímenes arquitectónicos. ¿Pero qué puede un pobre cura contra un pueblo desconecedor del arte, o contra algún poderoso que impone a la fuerza la ejecución de sus locuras? Únase a esto el olvido en que el "Poder Central" tiene a la Iglesia, sobre todo a la pueblerina, y se comprenderá que con mezuquinos sueldos y escasos donativos no se pueden costear altares ni gozar de independencia para hacer frente a las locas exigencias de los fieles. El cura es una de tantas víctimas del ambiente de ignorancia artística que nos ahoga.

La figura de don Alberto Gómez tratando de inculcar la idea del arte a los aldeanos, semeja la del

Apóstol del Cristianismo que enseñaba el amor y la piedad a las almas egoístas y orgullosas.

Es casi un deber de conciencia impetrar del Estado la conservación del altar consagrado a la Virgen de los Dolores, obra de mérito que amenaza ruina. Salimos con pena del templo, y después de estrechar la mano del joven mártir encargado de su custodia, nos encaminamos hacia la casa de don Virgilio Carretero, persona atentísima a quien iba recomendado por mi amigo Escamilla.

Olvidaba mencionar que el libro más antiguo de bautismos que se guarda en Ohanes es del año 1612, y el de matrimonios, de 1613; conservando el párroco un cuadrito del Vía Crucis, de nácar, que existió en Tices, y un trozo de otro.

Don Virgilio es hombre amable y franco; me habló de sepulturas halladas en sus fincas, de vasos, ídolos, y otros objetos que había regalado; me prometió donar algunos, aconsejándome visitase la Cueva de la Mora, la de los Morteros y la de Nieves, pero que no subiese a Tices, porque en aquel santuario precioso, habiéndose roto unos cristales de la techumbre, penetran los murciélagos, manchando muchos cuadros con sus deyecciones.

Cuando bajaba de la casa de don Virgilio, por una cuesta pendiente y peligrosa, enganchándose mis zapatos en las piedras colocadas de canto, me acordé de la Virgen de la Consolación, Patrona de Ohanes, a quien estaban haciendo rogativas para que no lloviese y de la cual debían solicitar la mejora de las vías, peligro de viandantes y alegría de zapateros.

INSTINCIÓN Y HUÉCIJA

IX

Dejé Canjáyar, feudo de los Navarros y de los Esteban, villa moderna porque hasta un terremoto desmoronó la iglesia, que fue restaurada en 1852, según se lee al frente del edificio, y tomando la camioneta pasé por Rágol y llegué a Instinción e Íllar, antes de arribar a los Molinicos, lugar donde arranca la vereda que conduce a Huécija.

En Instinción poco pude hacer, las autoridades estaban de faena; pero acompañado de un labrador, recogí fósiles que existen en terreno cretáceo y de lo cual me había hablado y donado ejemplares mi buen amigo el ilustrado profesor señor Escamilla, descendiente del



Campana de la torre del templo de Instinción. (Foto de L. Cara).

famoso Juan Escamilla, de Ohanes, rico poblador y propietario. No debo olvidar a don Virgilio Castel o Carretero Castel, que me indicó cuevas dignas de ser exploradas y a las que consagraré capítulo aparte.

En camioneta uvera pasé por Íllar y llegué a Molinicos, encaminándome, con la maleta cargada de objetos, hacia la casa de mi primo Arturo, médico del pueblo de Huécija.

Camino cubierto de parras, gente sencilla y respetuosa, está hoy gobernada por el alcalde, don José Tévar Salas, y por el secretario, don Adrián Cantón Payás, persona esta última bondadosa, pero desconfiada, que comenzó por asegurarme eran pocos los documentos que en el Archivo Municipal existían. Venciendo reparos y tal vez porque comprendiese solo pretendía una investigación histórica, fue sacando poco a poco los tesoros que encerrara y dándome datos que siempre he de agradecerle.

(...)

HUÉCIJA (MONUMENTAL)

X

Cuatro monumentos son dignos de estudio: el Convento, la Iglesia, la Lonja y el antiguo Palacio, residencia éste último de los gobernadores de la taha



El templo de los Agustinos de Huécija con Sierra de Gádor al fondo. (Foto de L. Cara).

y que, abandonado y casi destruido, pasó a ser propiedad de don Juan de Dios Salvador y, más tarde, de don Sebastián Peón.

Debió ser Huécija centro de comercio para los pueblos del contorno, pues existe en ella la Casa de la Lonja o lugar de contratación, que, aunque aprovechada para viviendas y barrilería, publica no obstante su grandeza, un magnífico pórtico, de arco dovelado y un escudo con dos leones pasantes y ocho pechinas. Este edificio es propiedad de don Cristóbal Abad, y su amplitud demuestra claramente la actividad industrial y comercial de aquel pueblo, donde seguramente afluían todos los productos del río, y se comprueba por relación, que más adelante daremos, de la documentación de Terque, que en Huécija era el zoco árabe semanal.

Grande alabanza merece el párroco de este pueblo, don Luis Almécija, que no solamente procura enriquecer la iglesia con la adquisición de objetos de arte, sino que para preservar de posibles hurtos de anticuarios, que, procedentes de Granada, devastan los pueblos, custodia en su casa una preciosa "Ejecutoria" en pergamino, cuya portada representa a Cristo y, en la orla, la Virgen y los doce Apóstoles, conteniendo cada aro en letra microscópica trozos de la Sagrada Escritura y un maravilloso Cristo de marfil.

Brillante, de extremada limpieza, se encuentra la Iglesia, preciosa obra de estilo románico, con

adornos renacimiento, y en cuyo pórtico campea un escudo con corona de marqués y dividido en cuatro cuarteles: primero, barras de Aragón; segundo, león rampante mirando a la diestra, con escudo de siete puntas; tercero, león atado a columna; y cuarto, castillo. Cubren las paredes del templo doce cuadros al óleo, algunos de mérito; techo y paredes están adornados con trabajos en yeso y pinturas notabilísimas, y sobre fuertes macizos aparece la bóveda romana del altar mayor con un triple oro por greca, sostenido por ocho preciosas esculturas de niños. En el altar de San Blas, de estilo plateresco, el actual sacerdote ha colocado cuatro relicarios de bastante valor artístico y dos lindos rosetones sobre los capiteles. Dignos de mención es un altar dórico con imagen de la Virgen del Rosario, cuadro de la Gloria que parece del Greco y otro en que se representa la degollación de los frailes.

Debo hacer constar que Alicún dependió de Huécija y allí realizaba sus bautismos y entierros, según se desprende de los libros parroquiales en que aparecen inscripciones de los dos pueblos, siendo los más antiguos de Matrimonios de 1574 y de Nacimientos y óbitos de 1576.

El Convento es linda obra de estilo renacimiento; a un lado encuéntrase el castillo, dentro del cual murió Xibaja y el Prior, con el escudo al frente del Duque de Arcos, y, adosada, hállase la iglesia. En la bóveda del castillo aparece un cuadro representativo de un milagro, pues al pegar fuego los moros al edificio, la Virgen de aquel lienzo se puso negra y el Niño, no; y sobre su robusta torre se halla un bonito campanario de moderna factura.

A los lados existen dos altares dóricos y en el altar mayor, renacentista, se ven las lindas tallas de la Virgen de la Correa, San Agustín y Santa Mónica, todas de verdadero mérito. Son notables los cuadros al óleo que representan al Señor curando enfermos.

Mas al recorrer aquella obra de arte, tan cuidadosamente aseada y estrechar la mano de aquel párroco, honra de los de su clase, no pudimos menos de alejarnos con pena al contemplar el claustro destrozado, en poder de particulares, y cuyas paredes pregonan aún labores mudéjares y la existencia de una hornacina, guardadora en otro tiempo de la imagen del Obispo de Hippona. ¡Triste destino de la hermosa labor del genio y de las obras de los hombres!

TERQUE (HISTORIA)

XI

Era la una del día, o sean las trece, como en la actualidad decimos, cuando después de almorzar opíparamente en casa de mi primo Arturo y montado en una pollina blanca como el profeta árabe, en compañía de mi sobrino, emprendí el viaje a Terque, con idea de ascender antes al castillo de Marchena, fortaleza en ruinas que debía ser conocida y atendida.

Mi camino hacia el castillo y lo que en él se encierra será narrado en otro artículo; solamente mencionaré aquí que, después de recorridos sus contornos, bajamos en busca de nuestra borrica, que no pudo subir, y caminar hacia el pueblo, no sin haber cargado la maleta de fragmentos de esculturas y otros objetos.

Abordamos al fin la casa de mi primo Pepe, médico del lugar, que posee el antiguo palacio de las Porras o Porres, donde, según la tradición, descansó D. Juan de Austria, después de combatir a los moriscos. No me detengo a mencionar la residencia de don Emilio Porras, alcalde de la villa, que revela la amplitud de las antiguas casas solariegas, ni los dos preciosos bargueños que posee, maravillosas obras del siglo XV, ni la capilla de la Dolorosa que existe en esta vivienda, ni el secreto para guardar la custodia y vasos sagrados que prueba el temor a los moros y la sagacidad de nuestros antepasados, ni su pórtico y patio renacentista; ni hago la descripción de la inmensa casa de mi primo, donde pudo albergarse un verdadero ejército; reduzco mi trabajo al estudio de la Iglesia y del Archivo Municipal, como he hecho para los demás lugares visitados.

Aunque mi primer saludo fue para el párroco, don Francisco Rodríguez Jiménez, persona amabilísima, y para mi pariente don Emilio Paniagua Porras, dejo la reseña de la Iglesia y de la casa solariega del segundo para el capítulo siguiente, pues pertenecen al trabajo "Terque, monumental", fijándome solamente ahora en cuanto a la historia se refiere.

Eran las ocho de la noche cuando el secretario del Ayuntamiento, don José Ruiz Sánchez, guardándome inmerecida deferencia, y a pesar de ser domingo, me exhibía la documentación más antigua del Archivo Municipal.

(...)



Interior de la casa de los Caballitos en Terque. (Foto de L. Cara).

Eran las diez de la noche y, después de una pequeña charla histórica, me despedí de aquel buen secretario y de aquellos documentos que por unas horas recibieron un hálito de vida para volver al olvido en sus estantes, que representan nichos para los papeles.

La antigüedad de un pueblo es pregonada por las piedras armeras de sus antiguas casonas y prueba de ello es la ciudad vieja de La Coruña, todas las capitales de Castilla y muchas del Reino de Aragón, donde se han prodigado tanto los escudos que bien puede decirse, como en las encartaciones vascas, que son todos hidalgos o de raza de hidalgos. Terque, aunque estuviese destinado para castigo de moriscos y rebeldes y en él tuviese colocada la horca el Duque de Arcos para escarmiento de mal andantes, no dejaba por esto de ser un descanso de las mesnadas castellanas, que encontraban seguro refugio bajo el amparo de las residencias señoriales. La mansión de los Porras, con la lancha donde aparece el brazo del guerrero con porra, tres barras transversales y cinco flores de lis; la de los Paniaguas, con orla de estradas, bandas de oro transversales sobre campo azul y cinco corazones de oro sobre campo plata; y la de los Santisteban, con los crecientes plateados y cruces floreteadas rojas, confirman la antigüedad del pueblo y su poderío.

Si penetráis en la casa número 10 de la plaza de Valeriano Rodríguez, después de estudiar el severo muro blasonado, hallaréis una preciosa Ejecutoria concedida por el rey D. Felipe y su secretario, Die-



Vista del cerro de Marchena desde el pueblo de Terque. (Foto de L. Cara).

go de Vallejo, en disputa con el lugar de Anguita, confirmando privilegios desde Enrique IV, con portada a la acuarela y retrato del monarca, en que os menciona a Salvador de Paniagua, venido de Torija (13 leguas más allá de Madrid), con sus mesnadas a mandar en Boloduy; a Juan de Solórzano y Paniagua, caballero de la Orden de Calatrava y Oidor de la Real Chancillería de Granada, y a don Francisco Paniagua y Zúñiga, Consejero Real, mencionado con su genealogía en la obra *De incompatibilitate Reguorum et Maioritatum*, debida a la pluma del Licenciado Hermenegildo de Roxas.

No continuó copiando dicha Ejecutoria porque será asunto de otro trabajo especial; si recordaré que entre los muchos objetos de arte que allí se conservan, hay una lápida árabe, en cuyos caracteres cúficos se leen alabanzas a Dios y al agua, de la cual ha quedado en remitirme fotografía su poseedor, don Emilio Paniagua Porras, y que según tengo entendido procede del Castillo de Marchena.

Todas las viviendas mencionadas son de estilo renacimiento, con puertas tachonadas de artísticos clavos, amplios patios con arcos y habitaciones laterales, cuadras dilatadas y salones inmensos.

Pero dejando estas casonas y acompañado por el respetable anciano padre del atento párroco, don Francisco Rodríguez Jiménez, que me enseñó antes

una monedita árabe alhamerí, nos encaminamos hacia la iglesia y la capilla. La iglesia presenta un bonito techo, de ensambladura de madera, pero desprovisto de adornos y que debió ser mudéjar, un altar mayor churrigueresco y siete altares modernos laterales.

La capilla, fundada por el doctor don Luis Pérez Navarro, canónigo de Quito, que le cedió sus alhajas, y que guarda en una fosa al hermano del fundador y su esposa, un capitán y un beneficiado sus parientes; presenta en un altar de estilo dórico con sagrario cerrado por Niño Jesús, pintado en tabla; una Virgen en apoteosis que llaman de la Aurora, otra Madonna pintada de la escuela de Rafael y lienzos laterales representando a San Fernando y San José. Corona dicha obra una pintura sobre lienzo representando la Santísima Trinidad. Otro altar, de idéntico estilo, guarda una Virgen antigua, talla indudablemente del siglo XVI, que lleva en un brazo el Niño y en la mano opuesta la esfera del mundo. Pero lo que realza a éste párroco es el cuidado de los objetos de arte encargados a su custodia, la limpieza del templo, y el guardar con tesón, librándole de las garras de la codicia, un precioso relicario, regalo del fundador, que en plata sobredorada representa un pelicano bebiendo sangre de su corazón y cerrando la caja o depósito con un óvalo en que aparece repujado un cordero pascual.

Agradecido a las deferencias habidas me dispuse a retornar al país de donde había partido, esperando mejor ocasión para estudiar la historia artística y documental del resto de los pueblos de la provincia.

EL CASTILLO DE MARCHENA Y LAS GRUTAS

XIII

Cuando retornaba de Ohanes a Canjáyar, me acordé de las cuevas de Nieves, la Mora y los Morteros, y, buscando alguien que me acompañase, encontré por suerte un jovenzuelo más conocedor de grutas que del mundo, pues con una candidez notoria, me demandaba si yo era policía y si buscaba en aquellas cavernas algún cadáver. Tranquilizado al fin cuando le aseguré que sólo pretendía verlas para saber dónde estaban, me condujo a ellas, pero siempre desconfiado y receloso.

La Cueva de Nieves es una gran quebrada de difícil acceso y cuya entrada acusa haber sido habitada por

seres humanos, por el roce que se nota en una piedra o desgaste producido por la planta del pie en el transcurso del tiempo. Pasando la enorme falla se ve una estrecha entrada, cubierta de escombros desprendidos del techo y paredes.

Próximo a ella, según me han referido, se halló la famosa necrópolis prehistórica de Nieles, con cuchillos largos de pedernal, hachas y vasos de singular estructura, que guardan mucha analogía con los de las primitivas civilizaciones americanas. De estos objetos sólo he podido ver un fragmento de cuchillo en Canjáyar y un ídolo de esquisto que conserva aún la mancha de la grasa de la descomposición del cadáver sobre quien reposara, y que es guardado en Almería por el ilustrado profesor señor Escamilla.

La Cueva de la Mora nada tiene de particular; ha servido para guardar ganado y cuentan de ella tradiciones que han de ser objeto de especial estudio; no ocurriendo lo mismo con la de los Morteros, en donde al penetrar nos encontramos envueltos en nubes de murciélagos que, aterrados con nuestra presencia, abandonaban sus estalactitas y deslumbrados por la luz solar, retrocedían de la entrada. En esta cueva, donde aseguran aparecieron muchos morteros fabricados por los árabes, pude recoger un molde de piedra que indudablemente empleaban para la fabricación, pero hacían difícil la rebusca de objetos los escombros desprendidos del techo y paredes y el polvo que sepultaba nuestros pies; seguramente que con otro calzado y traje la exploración hubiera sido más ventajosa.

Pagué al chico que se admiró de ver el pedrusco que recogí, y torné a Canjáyar sin mencionar mi deliciosa aventura, pero sí lo bastante tarde para comer a hora intempestiva y desusada.

Al día siguiente, después de haber visto Instinción y Huécija, trepaba con mi sobrino Arturo, antes de llegar a Terque, por el cerro de Marchena, de formación cretácea indudablemente o caliza, porque la blancura del montículo rivaliza con la de los muros de la más limpia casa. Una vereda en espiral, que en muchos casos se hace peligrosa por hallarse resbaladiza y amenazar un rápido descenso al precipicio, nos conduce hacia los cubos y almenas, restos de un antiguo muro y de torres árabes, servidas por galerías cruzadas que daban fáciles salidas. Un pequeño puente o partididor de aguas, una boca de galería y un inmenso número de fragmentos de labores



Uno de los primeros vehículos en Canjáyar en el primer tercio del s. XX, con Francisco Ruiz Navarro (Paco Amorós) y otros vecinos. (Gentileza del Museo del Marchal de Gracia Navarro y Emilio Esteban).

y tal vez de esculturas acusan antes de llegar a la cima los vestigios de una civilización casi desconocida, en cuanto afecta a nuestra provincia.

Los conquistadores, los guerreros, no dieron importancia al arte árabe que conocían, ni a los dibujos en cerámica que usaban a diario, como en la actualidad tampoco damos mérito a nuestras labores y nunca creyeron en la transformación de los objetos, en la diversidad de formas y en el aprecio que aquellos trabajos merecían.

Dos grandes piedras llamadas “El Libro de Mahoma”, ladrillos y azulejos árabes partidos, trozos de lápidas con fragmentos cúficos, labores mudéjares, todo se encuentra revuelto entre polvo y cascotes, porque la sed de oro que hace explorar las galerías desprecia cuanto representa arte para buscar monedas.

Terminada mi expedición, realicé el balance de mis gastos, y éstos se reducían a:

Cantidad que me ha permitido el estudio de cuevas, yacimientos prehistóricos y documentación interesantísima para la historia de Almería.

Espero, con la ayuda del culto profesorado de este Instituto y de las Corporaciones de nuestra ciudad, seguir mi investigación en el resto de los pueblos, aportando datos que tal vez sirvan para rectificar muchos errores sostenidos por algunos historiadores en cuanto afecta al solar almeriense.

1931

Leonor de MIRANDA



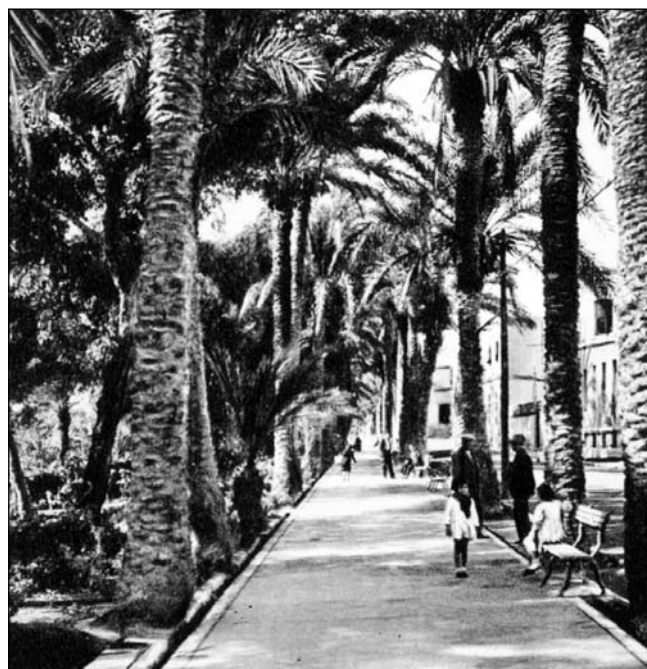
En otoño de 1931 pasó por Almería una viajera desconocida para nosotros. Las impresiones de su recorrido las cuenta años más tarde en las páginas 88 a 90 del libro *El corazón viajero* (Montevideo, 1946). Su relato está muy marcado por la historia de la antigua ciudad y la impronta musulmana que va hallando a su paso, aunque también se detiene ligeramente en la Almería contemporánea, de la que destaca la actividad comercial de la uva por el puerto.

LA GRACIA DE ALMERÍA. BAJO EL SOL DE ANDALUCÍA

Las hermosas señales que los árabes dejaron bien marcadas de su paso por el reino gentil de Andalucía, ostentan buena muestra en varios sitios de la ciudad antigua de Almería. El que extranjero llega hasta sus puertas y luego vive en ella varios días, se siente penetrado del encanto que dejaron viviente al retirarse los hijos de la raza de Mahoma. Descendencia de aquellos musulmanes, los almerienses llevan en su rostro los rasgos de esa raza. Guapos, morenos, sus ardientes ojos, conservan aún el fuego en que encendieron sus pasiones, románticas y trágicas, aquellos bravos hijos del Oriente, y nos parece que vestir debieran la amplia chilaba y el turbante blanco.

Las casas bajas de anticuado estilo, uniformes y blancas todas ellas; sus callejas estrechas y sombrías, más que a ciudad a un pueblo asemejan. Pueblo de gran orgullo y señorío, en cada uno de sus moradores hállase un viejo hidalgo que nos brinda con generosidad y gracia su morada.

Las torres de la antigua Alcazaba nos recuerdan las luchas de otros tiempos, y sus almenas desdentadas cuentan cómo allí defendieron sus derechos los que tras de sus muros se guardaban. Su vieja portalada carcomida, donde el tiempo marcando va su paso, nos habla de una raza generosa, lo mismo que valiente y soñadora; que tan pronto esgrimiendo el corvo alfanje hería, o mataba sin piedad alguna, que prisionera de



Paseo de San Luis. (Foto de L. Roisin).

unos bellos ojos, en la noche y al pie de alguna reja, sus voluptuosos cantos desgranaba.

Subiendo a San Cristóbal una tarde, entre el cálido vaho de los huertos en flor y de las parras cargadas de racimos en sazón; a nuestro paso iban sucediéndose los recuerdos en ruinas de los árabes. El barrio de Alhaid con sus torreones y muros derruidos, de los templarios, aún consérvase en pie el viejo torreón, y el castillo de Gérgal, todas ruinas con una historia escrita en cada piedra, de amor y de dolor. Triunfó nuestra cris-



Vista aérea (desde el edificio de las Mariposas) de la Puerta de Purchena y el barrio de San Cristóbal hacia los años 30. (Foto de L. Roisin).

tiana religión y allí está San Cristóbal en lo alto, bendiciendo las ruinas de los moros, que mejor prefirieron su abandono que abjurar de su fe y su idolatría.

La parte más moderna de Almería ostenta en edificios y paseos el sobrio estilo de este siglo, pero aún puede verse un edificio de mil ventanas y de varios pisos, cuadrado y sin estilo definido, junto a una casa baja, medio en ruinas, con la belleza del estilo árabe. El Paseo del Príncipe es uno de estos sitios en que se mezcla lo moderno con el antiguo estilo de los agarenos. Allí el Casino luce con orgullo una terraza toda en mármol blanco, pero es mucho mayor aquél, al enseñarnos el salón árabe, magnífico, por cierto.

El Parque, que se enfrenta con el mar, es ancho, bello, alegre y quiere ser moderno, pero en cualquier recodo que se vuelva encuéntranse sus bancos, sus glorietas y arriates del más puro y bellissimo estilo mahometano.

Guarda el archivo del Ayuntamiento un libro donde consta aquel reparto que de las tierras de Almería hicieron los reyes D. Fernando e Isabel.

La Catedral más bien parece un fuerte. Su estilo es ojival, y en sus tres naves pueden admirarse las bellas

molduras que cubren los altares y los muros. La imagen bella de San Indalecio, primer obispo que fue de Almería, denuncia al punto la mano de Salcillo, inimitable en talla y expresión.

Lo típico del puerto de Almería son los barriles de uva que por miles se apilan en el muelle, a la espera de los barcos que lleguen y los carguen, para desparramarlos por el mundo. Uva de piel tan dura y resistente a los variados climas a que llega, y que bien dura un año conservada en el lecho de corcho en que se envasa. Allí los barcos llegan sin descanso, en época de embarque, a recoger el delicioso fruto, y se ve el puerto alegre y animado bajo un cielo azul que no se empaña, y que brilla lo mismo en verano que en los días más crudos del invierno.

¡Cielo azul de Almería, sol de Andalucía, que ilumina la gracia de los hijos de esa tierra, de morisca raíz, que tiene la hidalguía castellana y en la sangre el ardor de abencerrajes! ¡Y al mezclarse esa sangre de dos razas tan nobles y tan fuertes, nacióronle esos hijos tan gallardos, símbolos del amor y la hidalguía! ¡Bajo tu cielo vio la luz primera el poeta que fuera de poetas. Allí mojó su pluma Villaespesa, y sus versos, que llevan sangre árabe, los inspiró tu gracia de andaluza que siente la nostalgia del Oriente!

Otoño del 31.